

Opinión

¿POR QUÉ NO HAY UN GOOGLE EUROPEO?


Eduardo Olier

Presidente del Instituto Choiseul España

Es una pregunta que me suelen repetir cuando hablo de la economía de Internet. Y es que, siempre que se analiza este sector, surgen compañías americanas, con su evidente capacidad de poder económico y social. Según datos de mayo de este año, de las seis mayores empresas de Internet por valor de capitalización, las primeras son estadounidenses (Apple, Google, Amazon y Facebook), seguidas de dos chinas (Alibaba y Tencent).

Si se compara por número de usuarios, sale de nuevo lo mismo: Facebook (unos 2.000 millones), Whatsapp (1.200 millones), YouTube (1.000 millones), Facebook Messenger (1.000 millones), WeChat (889 millones) y QQ (868 millones). Estas últimas filiales de Tencent.

Si se pone el foco en los grandes medios de comunicación, se repite la historia: Google-Alphabet, con ingresos operativos cercanos a los 60.000 millones de dólares; Walt Disney, 22.500 millones; Comcast, 19.700 millones; Fox, 18.670 millones; y Facebook, 11.490 millones. Sucediendo igual para los grandes proveedores de servicios en *la nube*. Un mercado de unos 240.000

millones de dólares, liderado por Amazon (con su filial AWS), Google, Microsoft e IBM. Allí donde se mire, el negocio global de Internet es cosa de empresas estadounidenses.

Es cierto que entre los grandes operadores de telecomunicaciones algunos son europeos, eso sí, detrás de AT&T (el mayor tras la compra de DirectTV), Verizon, China Mobile, la japonesa NTT y la también japonesa SoftBan Robotics. Detrás están Deutsche Telekom y Telefónica, seguidas de nuevo por la nipona KDDI y China Telecom, para llegar al décimo lugar con BT. Sin embargo, cuando se vuelve la cabeza hacia Internet nada tiene que ver con Europa.

¿Cuál es la razón? Desde luego no son las capacidades intelectuales de los europeos. Las razones se encuentran más bien en la estructura de un sistema que se asienta en tres pilares que no favorecen el desarrollo de grandes empresas tecnológicas; en concreto: la falta de competitividad del modelo educativo, un rígido sistema financiero y una regulación altamente burocratizada.

Tres sistemas encorsetados además por un excesivo papel de la política en la vida empresarial, lo que limita el desarrollo de empresas globales de Internet.

Vayamos al modelo educativo. De manera casi general, en Europa, salvo contadas excepciones, las universidades públicas responden a un rígido sistema que no promueve

la creatividad. Se trata de un modelo de corte funcional, organizado de arriba a abajo, donde los criterios de valoración se dirigen al alumno, sin que existan medidas efectivas para valorar las capacidades de los educadores que, normalmente, se quedan con sus posiciones educativas en propiedad independientemente de su valía. Un sistema donde lo que cambian son los alumnos y no los educadores; que se ha trasladado también a muchas Universidades privadas que funcionan, en la práctica, como las públicas. Todas bajo un régimen regulatorio que no ayuda al desarrollo del capital humano necesario para competir en los nuevos entornos tecnológicos. A lo que hay que añadir un pernicioso déficit de estudiantes de las especialidades STEM (ciencia, tecnología, ingeniería y matemáticas), donde China es líder mundial, tanto en cantidad como en porcentaje. Estados Unidos es hoy el tercer país en este tipo de graduados, detrás de China e India. Europa no alcanza siquiera el nivel de Rusia, Irán, Indonesia o Japón. Una evidente falta de un capital humano fundamental para competir en la economía de Internet.

Un segundo aspecto se refiere al sistema financiero. En Europa hay aversión al riesgo; existiendo además una enorme carencia de grandes fondos de inversión. Un mercado nuevamente liderado por Estados Unidos.

Igual ocurre con los *hedge funds*; un sector donde el país americano cuenta con el 60 por ciento del total, en contra de un 19 por ciento en Europa; lo que se traduce en 2,4 billones de dólares en activos gestionados (*assets under management*) en Estados Unidos, contra 658.000 millones en Europa. Situación que se une a una rígida regulación bancaria, que dificulta el crecimiento de grandes compañías tecnológicas. Al final, el Internet europeo constituye una pléyade de pequeñas compañías, que acaban financiadas con subvenciones públicas.

Finalmente, la regulación. O para ser más precisos, las cortapisas políticas en contra de la competencia. Por no extendernos, baste el último ejemplo de la desproporcionada multa de 2.424 millones de euros impuesta a Google. Un claro ejemplo de intervención política del mercado, penalizando una compañía para favorecer a su competencia. Que se sepa, ningún cliente de Google lo es por motivos sentimentales o de otro tipo. Más bien los clientes escogen lo que

consideran más adecuado al precio más razonable. El hecho de que Bruselas intervenga en el mercado no deja de ser el síntoma más evidente de que en Europa será muy difícil tener grandes empresas de acuerdo a la dinámica de Internet. Un modelo que no camina al ritmo de los tiempos y que anuncia fuertes retrasos de la economía europea.

Hay una evidente falta de capital humano que impide a la UE competir en este ámbito

La regulación de Europa no permitirá que existan grandes empresas globales de Internet

LA DEMOCRACIA NO PUEDE SER UN DILEMA


Francesc Bellavista

Socio director de Bellavista

Acabada la Segunda Guerra Mundial -y en plena competencia con el sistema comunista de la URSS- la mayoría de países avanzados adoptaron la democracia representativa liberal e implantaron políticas socialdemócratas orientadas a un desarrollo económico y social equilibrado y al logro del estado del bienestar. El mercado constituía la base del sistema, aunque con los necesarios mecanismos de control para evitar distorsiones que fueran en detrimento del progreso social basado en una distribución más equitativa de los beneficios del crecimiento económico y una mejora de las condiciones de vida.

Este mundo ideal benefició a unas pocas naciones y se construyó en gran medida a costa de negar los mismos beneficios al resto de la humanidad. Con la posterior caída del muro de Berlín y la implosión de la URSS tomó impulso un paradigma neoliberal que defendía que el mercado puede y debe autorregularse, que el intervencionismo del Estado únicamente produce disfunciones y que el progreso más elevado surge otorgando la máxima libertad a los individuos para tomar sus

decisiones. Los efectos más evidentes de ello fueron la liberalización de los intercambios comerciales entre países (génesis de la globalización) y el fomento de la deslocalización de la producción en países con costes de mano de obra reducidos (con preponderancia de China).

Sin olvidar la desregulación de los mercados financieros, que llevó a la creación de enormes burbujas especulativas vinculadas a un exceso de liquidez y al descontrol en los movimientos internacionales de capitales con la colocación masiva en el mercado de productos financieros tóxicos, en búsqueda de rentabilidades imposibles.

Estos excesos financieros condujeron a las economías avanzadas a la gran crisis del periodo 2008-2014. La clase trabajadora y buena parte de la clase media -principales damnificados- se sintieron abandonadas por unos sindicatos, partidos políticos y gobiernos superados por la imposibilidad de hacer frente a acontecimientos que -por su carácter global- superaban sus capacidades o su margen de maniobra.

Ahora que empezamos a dejar esta etapa de crisis profunda, las cosas no han vuelto a

ser como antes y estos mismos grupos ven con estupor que -además de haber sido los más perjudicados por la crisis- no participan de las ventajas de la recuperación y que la sociedad del bienestar corre el peligro de desvanecerse. Su perplejidad se refuerza cuando, por causa de las nuevas tecnologías, el mundo transcurre a una velocidad extrema y, sobre todo, cuando crecen las dudas sobre cuál será su papel en una economía que, posiblemente, puede no necesitarlos como hasta ahora desde una óptica productiva.

Esta realidad y la generalización masiva de las redes sociales conforman un marco inédito al que se enfrentan buena parte de los países desarrollados, con una fenomenología bien

definida: clases medias atemorizadas que ven peligrar la vieja máxima que decía "trabajando se puede vivir dignamente", y que ya no se ven representadas ni por partidos políticos tradicionales ni por sindicatos; gobiernos "zombis", atribulados porque no saben qué decisiones tomar, puesto que estas no dependen de variables a su alcance y porque los cambios que se están produciendo sobrepasan su capacidad de comprensión y de gestión; continuas insinuaciones por parte de de-

terminados países autoritarios de que la democracia no es el sistema que mejor garantiza el crecimiento, porque consideran que el exceso de libertad y de controles abocan a la inacción y que los mandatos cortos no favorecen la toma de decisiones a largo plazo; y redes sociales que generan y propagan mensajes de forma continuada pero que no invitan a la reflexión ni a la discusión, con tendencia a la desinformación y a la concentración de opiniones entre grupos de personas que comparten ideas afines.

Estos factores (además de la corrupción y la partidocracia) generan dudas a la sociedad -sobre todo entre los jóvenes- en cuanto a la validez de la democracia como instrumento para hacer frente a los retos actuales y de futuro, lo que se conoce como el síndrome de fatiga democrática.

La mejor vía para salvar la democracia es que la ciudadanía recupere la confianza en los partidos y que unos líderes políticos más creíbles y carismáticos, con la sociedad civil, busquen soluciones para que el capitalismo se oriente hacia el progreso social y el bien común. Pero, ¿nos permitirán las economías emergentes -algunas de ellas, ajenas a estos dilemas- intentarlo sin que corramos el riesgo de dejar de ser competitivos y, en consecuencia, de restar excluidos de los mercados? Sea como fuere, la democracia no puede ser un dilema sino una premisa de futuro.

Los líderes políticos deben orientar el capitalismo hacia el progreso social y el bien común